

REVISTA

DEL COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

Bogotá, 1.º de Noviembre de 1911

A honra de Rufino José Cuervo

Para tributar homenaje de admiración y gratitud á la memoria de don RUFINO JOSÉ CUERVO, que fue catedrático del Colegio del Rosario, publicamos en seguida los discursos pronunciados en la junta pública y solemne, celebrada por la Academia Colombiana, en la noche del 2 de Octubre próximo pasado.

ALOCUCION

DEL SEÑOR DON RAFAEL MARÍA CARRASQUILLA
DIRECTOR DE LA ACADEMIA

Nuestra Academia, al disponer esta mañana decoroso funeral por el alma del señor don RUFINO JOSÉ CUERVO, en la capilla del Colegio del Rosario, en cuyas aulas leyó humanidades el llorado sabio, y al dedicarle esta junta extraordinaria y solemne, ni agravia á los académicos que murieron antes que él, ni establece precedente para los que vayan falleciendo en lo sucesivo. Era el señor CUERVO el último sobreviviente de los individuos fundadores de nuestra Corporación. En su memoria honramos la de todos sus colegas ilustres, y al celebrarla brindamos estímulo á los que, con harto rubor de nuestra alma, hemos sido llamados á sucederles.

Dentro de breves momentos oiréis el elogio del finado colega, inspirado por la noble inteligencia, erudición copiosa y corazón de oro del señor don Antonio Gómez Restrepo, nacido de su pluma de escritor castizo, y pronunciado por su boca de orador elocuente. Conoció y trató de cerca nuestro compañero al señor CUERVO; disfrutó, no obstante la diferencia de edades, de su luminosa y fecunda intimidad, y recibió de él muestras extraordinarias y muy merecidas de estimación y afecto. Fue CUERVO quien publicó en París, en 1893, bajo el título de *Ecos perdidos*, con repugnancia del autor, que sólo pudo vencer la autoridad del Mecenas, las poesías juveniles del señor Gómez Restrepo, á penas superadas más tarde por él mismo en corrección y elegancia, tal vez no en brillo de fantasía y jugo de alma. No presumo de psicólogo, y por eso no sé qué afecto se sobrepondría entonces en el ánimo de nuestro amigo: si la satisfacción, muy humana y legítima, de ver sus poesías en una joyita bibliográfica y con prólogo de don RUFINO JOSÉ CUERVO, ó la mortificación que aquello tuvo que causar á don Antonio, cuyo defecto dominante es la exageración de la modestia. Ya dijo Horacio con su habitual elegancia:

Virtus est medium vitiorum, et utrinque reductum.

Aquí vendría de molde alguna transcripción de los conceptos del señor CUERVO sobre los *Ecos perdidos*, pero ello alargaría esta alocución que ha de ser breve, y añadiría al desagrado que estoy ocasionando al señor Gómez Restrepo. *Ne quid nimis.*

Conocí al señor CUERVO, y tan hondo se grabaron en mi cerebro la fisonomía, el gesto, el andar de mi paisano, que si yo fuera pintor eximio le retrataría con tanta fidelidad como si tuviera el modelo delante. Le oí hablar, pero no conversé jamás con él. Era yo un muchacho, él hombre maduro; él un sabio, yo un mísero estudiantuelo. Más tarde escribí algo en periódicos y revistas, pero jamás me atreví á enviárselo á París al señor CUERVO; no por falta,

sino quizá por sobra de vanidad. El alma humana, y sobre todo la propia, es un abismo tan oscuro! ¿Qué hará el señor CUERVO, me preguntaba yo, al recibir alguno de mis malaventurados escritos? Su ciencia portentosa le dejará ver el engendro de mi mente más flaco y desmedrado que el caballo de Gonela, que *tantum pellis et ossa fuit*; su maleante ingenio bogotano le sugerirá un epigrama digno de Marcial acerca de mi escrito; pero se acordará de los afectos concebidos en la comunión matinal, en la capilla española de la avenida de Friedland; pensará que Dios no juzga al hombre por erudito y filólogo sino por caritativo, y me escribirá una carta llena de benevolencia y cariño, hasta elogiosa quizá. Y un sentimiento que todavía no he acertado á definir me ató constantemente las manos.

Queda indicado que no me cupo la honra de ser amigo del señor CUERVO, lo que prueba lo sincero de mi admiración para con él. Pero, ¿fui discípulo suyo? La idea de discípulo sugiere la de maestro, por opuesta y correlativa, como dice Hegel. Uno sabe de quién es discípulo, pero ignora de quién es maestro. Se apellida así al que, sentado en una cátedra, comunica sus juicios y razonamientos á un grupo de oyentes. En este sentido restricto todos los pedagogos recibimos el calificativo de maestros.

El mismo nombre, en la significación más noble, se da á quien se hace escuchar y seguir de innumerables gentes, aunque no disertar en cátedra, aunque no vea los rostros de sus alumnos. Los sofistas, en la edad gentilicia; los filósofos neoplatónicos de Alejandría, en la decadencia romana; Abelardo en los siglos medios, contaron miles y miles de auditores, y el mundo no es escéptico, ni panteísta místico, ni conceptualista; Nuestro Señor Jesucristo tuvo pocos discípulos, y el orbe civilizado es cristiano.

Enseñó largos años don RUFINO JOSÉ CUERVO en escuelas y colegios. Muchos no se sentaron en los bancos de aquellas aulas, y sin embargo, todos los colombianos

gloriamos de ser discípulos suyos. Fue no sólo maestro, sino legislador del idioma colombiano. Nos impuso, en la primera edición de sus *Apuntaciones*, una rígida norma gramatical é idiomática; en las ediciones subsiguientes, nos fue brindando prudente y progresiva libertad, hasta llegar al criterio más amplio y generoso.

Tal fenómeno se realizó, porque el señor CUERVO era un sabio verdadero y muy grande. Hay personas que no avanzan, no rectifican, no aprenden ni olvidan; ejemplares ambulantes del *hombre fósil*, buscados con afán por los naturalistas en las entrañas de la tierra y hallados por todos cada día en la amistad y trato de las gentes. Otras, apasionadas locamente del progreso, mudan sin cesar de ideas y principios como de vestido, queman hoy por hábito y sistema lo que ayer adoraron. Son útiles á la sociedad, porque marcan, como las veletas de los campanarios, la dirección del viento.

El sabio guarda, según el pensamiento del gran León XIII, con cuidado sumo aquel tesoro de verdades naturales, brillantemente comprobadas, adquiridas por modo definitivo y que son nobilísimo patrimonio intelectual del humano linaje, y aquellas otras que Dios sabio, omnipotente y bueno supo, pudo y quiso revelarnos para suplir lo limitado de la razón y conducirnos á nuestro magnífico destino de ultratumba. De allí en adelante se abre, al decir del Pontífice citado, campo sin límites á la actividad del entendimiento, á los esfuerzos de la voluntad, á los anhelos de nobles corazones. Aquí, me atrevo á añadir, es donde dudar es prudencia, retractarse justicia, investigar es fortaleza y no excederse templanza. Lo que más suspende el ánimo en los escritos tan variados de San Agustín es la unidad de pensamiento y propósito, que hace de ellos el más grandioso monumento levantado por el hombre á la sabiduría cristiana. Y dos de las obras más afamadas del incomparable Doctor son las *Confesiones* y las *Retracciones*.

Don RUFINO JOSÉ CUERVO conocía ya, antes de partir á Europa, la lengua y literatura castellanas, como si fuesen heredad propia, pero no estaba familiarizado con los varios dialectos de la península ibérica; había estudiado filología comparada, merecedora de compartir con la geografía y la cronología el nombre de ojos de la historia; pero aún no había penetrado en lo recóndito de la fonética, eje de la ciencia supradicha. De los americanismos usados de México á Chile no le había dejado saber gran cosa el aislamiento en que viven las naciones hispanoamericanas entre sí. Llegó á la ciudad, centro del mundo moderno, y el velo que todavía le ocultaba parte de la ciencia se descorrió progresivamente ante los ojos de su espíritu. Y con larga mano hizo partícipes á sus compatriotas de aquella opulencia intelectual, los iluminó con los rayos de su mente poderosa y, á medida que él fue adquiriendo la libertad, nos hizo libres. No con aquella libertad harapienta y desceñida que vocea por calles y plazuelas, sino con la que tiene la verdad por diadema, por vestido el decoro, por camino la regia vía del buen gusto que transita con recato de virgen y majestad de matrona. No sólo libres quedamos sino ufanos, cuando nos enseñó que la palabra, la frase aprendida de los maternos labios, evocadora de balsámicas memorias infantiles, el vocablo "con olor de helecho," no era garrafal disparate, sino locución heredada de los arrogantes y garbosos andaluces, padres de mis padres, de los pintorescos montañeses vecinos al mar cantábrico, ó de aragoneses heroicos, ó de los constantes y activos catalanes. Tal voz, ausente del diccionario, ignorada en España y reemplazada allá por algún neologismo afrancesado, vive y campa por su respeto en estas cumbres andinas donde anidan los condores. Lució en la Península en las cortes de Alfonsos y Ramiros, mereció brotar de la pluma del Rey sabio, ó del grave Hurtado de Mendoza; vlnose al mundo de Colón con los compañeros de Quesada, Belalcázar y Pizarro; olvidóse allende el océano y se conserva

como preciada perla en la América española. De suerte que si nosotros debemos, para acendrar nuestro lenguaje, no perder de vista á los grandes escritores de la madre patria, conviene que los españoles pongan oídos al idioma americano para conservarse castizos y premunirse contra el contagio galicado.

Me he excedido quizás de los límites que la Academia me había señalado y he invadido los dominios reservados al señor Gómez Restrepo.

Más que del clarísimo talento, de la erudición portentosa de don RUFINO JOSÉ CUERVO, soy admirador de sus virtudes cristianas, de sus prendas de caballero, de sus condiciones de patriota. ¿De qué sirven el sutil ingenio, el copioso saber, la palabra diserta, la cláusula elegante en el tribunal del Juez Supremo? Filólogos como CUERVO no faltan en el antiguo mundo; pero un hombre célibe, de elevada posición y no despreciables bienes de fortuna, alabado á porfía por varones eminentes, y que viviendo en la ciudad del placer, se conserva incontaminado, humilde y sencillo es un espectáculo que no sólo arrebató á los hombres sino que enamora á los ángeles.

Amó á Dios y por eso supo amar á sus semejantes con caridad tan encendida, que llegó á realizar acciones heroicas como las que leemos en las vidas de los santos; honró el trabajo manual con el ejemplo que supo dar por largos años, pasando cada día del bufete del sabio al obrador del menestral; tuvo la virtud de allegar caudales, de no ponerles el corazón y consagrarlos á los enfermos y á los pobres.

Quiso á su patria con férvido cariño, legó todas sus riquezas intelectuales á la ciudad natal, nos enseñó con su palabra y nos edificó con sus ejemplos. Aunque el señor CUERVO no hubiera sido sabio, le bastarían sus condiciones morales para que la nación le alzase estatuas, para que mereciera el título de gran colombiano, de grande hombre.